

no ha sido desarrollado por los académicos en Europa, ni en los países con más tradición de recepción de migrantes, y mucho menos en los que han experimentado estos procesos sólo a partir de los años setenta y ochenta como es el caso de España. El estudio de la integración de los inmigrantes se encuentra en un momento de auge motivado tanto por el interés académico y científico como por sus consecuencias e implicaciones políticas y sociales, pero desgraciadamente estudios que analicen los procesos de integración en diferentes momentos históricos no abundan. Por eso el intento de dar respuesta a las preguntas que motivan esta investigación resulta novedoso e interesante.

¿Hasta qué punto la integración estructural en las distintas esferas de la sociedad después de al menos dos generaciones es diferente hoy en Europa de aquella que se dió en el pasado con otros grupos de inmigrantes? Y si aparecen diferencias, ¿cuán importantes son? y ¿cómo pueden explicarse?, y ¿hasta qué punto las diferentes estructuras de las sociedades de acogida producen diferentes patrones de integración? En el largo plazo ¿qué podemos esperar? Estudios comparativos de esta índole pueden ser de mucha utilidad tanto para matizar el alarmista discurso sobre la inmigración en Europa como para alentar a otros investigadores a servirse de los métodos de investigación históricos para hurgar en las historias nacionales en relación con los movimientos migratorios y adquirir una perspectiva o distancia históri-

ca de la que carecen las aproximaciones políticas y académicas atrapadas en la «actualidad».

Encontrar información relevante y suficiente para responder estas preguntas es la parte más difícil del trabajo de investigación, por eso para que en el futuro la investigación pueda avanzar con más rigor y los estudios comparativos sean más fructíferos e interesantes debemos intentar que la recogida sistemática de datos contemple un horizonte más amplio que el actual.

CARMEN DOMENECH SANTOS  
*Universidad Pontificia Comillas*

VILAR, JUAN B. : *La España del exilio. Emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*, Madrid, Editorial Síntesis, 2006, 495 pp.

Este libro encaja perfectamente en el tema que interesa a la revista *Migraciones*, que en otra ocasión (t. 18, 2005, pp. 261-263) ha reseñado el mérito del profesor Juan Bautista Vilar, autor de una obra historiográfica de envergadura y calidad, en la que destaca un medio centenar de estudios relacionados con las migraciones. El libro que presentamos no es una investigación centrada en espacios y tiempos delimitados (como las muchas que ha dedicado al norte de África), sino una síntesis global de los exiliados españoles en los siglos XIX y XX. Se trata, por tanto, de una historia de España contemporánea contemplada desde la perspectiva singular del exilio.

El catálogo de exiliados españoles es una lista interminable de figuras destacadas. Todos los reyes de España lo fueron, desde Carlos IV hasta Alfonso XIII. Las figuras más señeras de la política, la milicia, la cultura, las artes y la literatura pasaron parte de su vida, y a veces murieron, fuera de España. Desde Moratín o Goya hasta Antonio Machado o Juan Ramón Jiménez, su nombre es legión. Por debajo de los grandes nombres había una masa de millares de españoles anónimos que se vieron obligados a pasar la frontera. Un libro como éste es un buen reclamo para ejercitar el recuerdo y la reflexión.

El libro comienza con una introducción oportuna, que nos plantea de entrada las claves que ayudan a interpretar y comprender los múltiples acontecimientos que se van a contar. El libro se centra no en los «emigrantes» que salen de la patria voluntariamente por motivos económicos, sino en los «emigrados» que se vieron obligados a abandonarla por motivos políticos. Estos emigrados, expatriados o exiliados padecieron una situación de intolerancia, de uno u otro signo, y vivieron experiencias amargas de desarraigo, de recelo o de nostalgia de la tierra perdida y deseada. Tuvieron problemas de adaptación a la tierra en que se refugiaron, y de readmisión en el propio país cuando volvieron. El impacto de una cultura nueva les hizo a muchos moderar las convicciones apasionadas que llevaron. Otros se convirtieron en difusores de la cultura española en el extranjero. Por debajo del en-

tramado político, la emigración fue el soporte de unas vidas humanas, individuales o colectivas, en situaciones de ansiedad y a menudo de tragedia.

La estructura del libro sigue los períodos clásicos de la historia política contemporánea. Como es una historia de alternancia de sistemas políticos que mutuamente se excluyen del poder, es fácil comprender que la historia de los emigrados es un juego de anversos y reversos. Los vencedores de Napoleón originan la emigración afrancesada, los absolutistas triunfantes imponen el exilio a los liberales, y éstos a los carlistas; al igual que los moderados a los progresistas y viceversa, los demócratas a los conservadores o los monárquicos a los republicanos. En el libro se presta especial atención al exilio de las familias reales y se da especial relieve a algunos personajes más representativos, en breves biografías con semblanzas jugosas, donde no faltan toques de humor. Pero siempre se trazan las líneas maestras del contexto de cada época, para detenerse en los principales focos o grupos de exiliados, siguiendo los países en los que se establecieron, los problemas que encontraron y las actividades que desarrollaron, culturales principalmente, pero también económicas.

Los doce capítulos se distribuyen de esta manera. Se comienza por los primeros emigrados durante la revolución francesa (Cap. 1) y con motivo de la guerra de la Independencia (1808-1814): exilio de la familia real (Cap. 2) y emigración afrancesada

(Cap. 3). La emigración durante el reinado de Fernando VII comprende las dos primeras emigraciones de los liberales durante los mandatos absolutistas de 1814-20 y 1823-33, en Francia, Bélgica, Italia y Portugal, con atención a un emigrante singular: Blanco White, y a la presencia menos conocida en el norte de África (Cap. 4); luego se recuerdan los emigrados en Gran Bretaña, Estados Unidos (a donde fue a parar el rey José) e Iberoamérica (Cap. 5). Como reverso, se estudia la primera emigración carlista (Cap. 6). Se calcula en unos 15.000 el número de exiliados de la primera emigración liberal y en 20.000 la segunda; y en más de 6.000 la primera emigración carlista. Las emigraciones de la era isabelina son una alternancia de moderados (la reina María Cristina) y progresistas (Espartero y los ayacuchos), con las vicisitudes de algunos exclaustrados y protestantes, que reflejan la política anticlerical de los liberales contra los primeros y el mantenimiento de la unidad católica contra los segundos, para concluir con el largo exilio de Isabel II, en el que no faltan detalles pintorescos (Cap. 7). El largo período que sigue engloba el sexenio revolucionario, la restauración y la II República; son 68 años de relativa tolerancia, desde 1868 hasta 1936. Todavía fue numerosa la segunda emigración carlista (unos 15.000), pero en general los exilios en ese largo tiempo fueron menos frecuentes, como los de federales, cantonales e internacionalistas del sexenio (Cap. 8); algunos republicanos, como Ruiz Zorrilla, y unos pocos socialistas y anarquistas durante la restaura-

ción, y algunos monárquicos durante la república comenzando por el exilio de Alfonso XIII con sus problemas familiares (Cap. 9).

En contraste con estas emigraciones diluidas, la emigración durante la Guerra Civil constituye un éxodo impresionante por su magnitud, continuidad y duración (Capítulos 10, 11 y 12). Las mayores oleadas se produjeron durante la campaña del norte (salieron de España unos 125.000 desde septiembre de 1936 a octubre de 1937) y en la caótica y dramática desbandada de la campaña de Cataluña (cruzaron la frontera unos 470.000 en enero y febrero de 1939). Muchos se repatriaron, otros fueron internados en campos de concentración. Hacia 1944 el número de emigrados era, según algunos cálculos, 162.000. Los niños de la guerra acentúan el drama humano de aquella emigración. La sangría de intelectuales, literatos y artistas se compensaba de alguna manera con la irradiación de la cultura española en el exterior.

Los grupos emigrados se repartieron por muchas naciones, donde les esperaban situaciones distintas. En Francia fluctúan entre el retorno y la asimilación, en la Unión Soviética solían encontrar su destino final, en México recibieron una acogida calurosa, en Argentina fueron pocos, pero selectos, y dejaron una profunda huella cultural. La transición a la democracia supuso el final del exilio. No hubo indulto ni amnistía, pero sí la reinserción e incorporación efectiva con todos sus derechos. La legalización del Partido Comunista (10 de abril de

1977) ponía punto final a la triste historia de aquel largo exilio. «Para entonces el grueso del exilio español, o había retornado, o descansaba en los cementerios de Europa y América» (p. 391).

Esta obra del profesor Vilar remedia la escasez de libros sobre la emigración política, en contraste con la abundancia de los que se ocupan en la emigración económica y laboral. Se ofrece, además, una visión equilibrada del conjunto. Los trabajos históricos sobre la emigración se han centrado principalmente en el siglo xx y en la Guerra Civil, o han olvidado algunas áreas geográficas; para subsanar estas lagunas el autor ha prestado la debida atención al siglo xix y ha ofrecido aportaciones novedosas sobre la emigración en el Norte de África y en Estados Unidos. Hay que destacar, por último, la completísima bibliografía (unos 1.500 títulos) de repertorios documentales, libros y folletos coetáneos (agrupados por épocas), obras generales y monografías (págs. 393-472). En el índice de nombres, se anota, tras el de los exiliados, la emigración que les afectó.

MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ  
*Universidad Pontificia Comillas*

PASCUAL DE SANS, A. (Dir.): *Redes Sociales de Apoyo. La Inserción de la Población Extranjera*, Bilbao, Fundación BBVA, 2007, pp. 320.

A quien se acerca a este interesante trabajo puede inducirle a confusión su título. Porque en realidad

él no trata de las redes sociales que generalmente apoyan la inserción de una población extranjera en países «no suyos», como parecería sugerir ese su título, sino mucho más específicamente, de la inserción de dicha población extranjera en las zonas rurales de España.

Acerca pues de estas redes sociales se examinan, en tanto que ego centered networks, los tipos más básicos a que ellas pertenecen (de vínculos fuertes y de vínculos débiles, de mayor y menor tamaño, de mayor y menor densidad), distribuyendo la incidencia de estas clases de redes según los atributos de los egos que informan sobre ellas (país de procedencia, lugar o enclave rural de residencia, sexo, edad, nivel de estudios, tiempo de estancia en España), extendiendo además la recogida de información a lo que los encuestados pueden aportar sobre los alteri de sus redes y al nivel de bienestar que egos y alteri habrían alcanzado cuando fueron entrevistados.

Referir detenidamente lo que a propósito de todo ello han sabido aportar Verónica de Miguel y Miguel Solana, los realizadores prácticos de la investigación, casi exigiría reproducir las páginas extraordinariamente concisas con que el libro da cuenta de lo hallado. De pasada simplemente diremos que eso hallado muestra cómo son distintas las redes de apoyo en que se inscriben los africanos de aquellas en que se inscriben los latinoamericanos (con diferencias entre los ecuatorianos y el resto), o los Europeos del Este, o